



*Un plan  
para amarte*

*Atracción*

Irene de Westminster

## Índice

Portada

Biografía

Dedicatoria

Primera parte: En el amor y en la guerra

Segunda parte: Retroceder no es rendirse

Epílogo

Créditos

## Biografía

**Irene de Westminster** es el seudónimo de una escritora nacida en alguna parte y en un año que ella prefiere no especificar, pues aprecia su anonimato. Tras sus incursiones en el género infantil y juvenil, en el año 2013 decidió volcarse en la novela sentimental para ahondar en las grandes pasiones humanas.

Irene es un alma nómada, pero su lugar en el mundo es un pueblecito en el corazón de la campiña inglesa, donde imagina sus historias.

Le encanta recibir la opinión de sus lectores en:  
<https://www.facebook.com/irenedewestminster>

A Esther, por su confianza;  
a Luciana, por su paciencia;  
a Gaby, por su apoyo;  
y a vosotros seis, los que estáis en mi alma

## **Primera parte**

### **En el amor y en la guerra**

### *Londres, 1813*

El duque de Shelford paseó sus fríos ojos azules sobre la élite de la sociedad londinense, que esa noche se había congregado en el baile anual de lady Bereston. No pudo ocultar una mueca de desdén, y a sus espaldas oyó una voz masculina con un dejo de burla.

—Por tu expresión, cualquiera diría que estás a punto de beber aceite de ricino. Adivino que estar en esta fiesta te parece una pérdida de tiempo.

El duque se giró para identificar a su interlocutor y su mirada (para muchos tan intimidatoria como su reputación de asesino) no cambió al detenerse en su amigo, el conde de Redbridge.

Lo saludó con una leve inclinación de cabeza al tiempo que gruñía la respuesta.

—No, tal vez esta fiesta no sea una pérdida de tiempo, pero sin duda constituye un sacrificio que a gusto cambiaría por un instante en uno de mis barcos rumbo a la India, o hasta por un sangriento campo de batalla en la Península.

—¡Oh, vamos, Shelford! No hablarás en serio; si mi memoria no me falla, saliste malherido de la última batalla.

—¿Y con eso, qué? Las responsabilidades no se cierran, sólo las heridas lo hacen. Aunque supongo que eso es algo que la mayoría de los hombres aquí presentes no podría entender.

El conde sonrió, encogiéndose de hombros.

—¿Debo recordarte que yo también luché? ¿Te muestro mi cicatriz?

Durante un segundo los ojos del duque escrutaron con seriedad a su amigo, pero en seguida regresaron a la multitud circundante, saltando del perfil patricio de un vizconde francés hasta la dueña de la casa, y desde allí a un grupo de bulliciosos jóvenes.

—¿Y bien? —cuestionó el conde—. ¿Esta noche no vas a responder a mis pullas?

—No hace falta que pruebes tu honor conmigo, Redbridge. Si estás aburrido, puedo señalarte un sinnúmero de interesadas madres y atontadas debutantes que estarían encantadas de contar con tu atención.

—Pero evidentemente no cuento con la tuya —dijo su amigo con una sonrisa—. Estás más huraño que de costumbre y me gustaría saber por qué.

El duque suspiró.

—Todo cuanto puedo decirte es que daría la mitad de mi fortuna para que este sitio fuera el escenario de la guerra —respondió—. Y que volara por los aires.

Comenzó a caminar, recorriendo el salón mientras su amigo se situaba a su lado.

—¿Tan malo te parece? Sin duda los soldados heridos y el olor a muerte es mejor que lo que ven mis ojos en este momento...

—¿Y qué ven tus ojos en este momento?

Redbridge rió.

—Si hace falta que te lo cuente es que estás ciego. Veo un revuelo de sedas multicolores que apenas sirven para tapar las curvas de las más encantadoras damas. Y veo ojos..., ojos y bocas que imploran ser besados.

—¡Por todos los diablos! —se impacientó Shelford—. Yo veo hipócritas y espías, y todo lo que desearía es poder distinguir a unos de otros. Al menos en la batalla, cada bando lleva un uniforme. Aquí, en cambio, todos se esconden detrás de esas sedas que tanto admiras, lo que me obliga a recurrir a este sórdido espionaje de salones. Verme reducido a esto, ¡por favor! Cuando tenía sobre mis hombros la responsabilidad de... ¡Pero no tiene sentido hablar de ello! Ya ves, ahora estoy conminado a buscar

algún gesto que deje entrever un interés político detrás de los rostros afectados, un espía escondido tras las faldas de las damas. Es ridículo... ¡Maldita sea la hora en que me hirieron!

—No te enfurezcas tanto, podrías estar muerto. Oh, por cierto, ya sé que eres el artífice de buena parte de los éxitos de la coalición, no hace falta que apeles a una falsa modestia.

El duque le respondió con una mueca.

—No te hablo con modestia sino con la verdad; queda mucho por hacer y necesito estar allí.

—Pues ve. Después de todo, ¿quién te obliga a permanecer aquí? Pensaba que el duque de Shelford hacía lo que le venía en gana.

El duque le dirigió una mirada aún más encolerizada.

—El príncipe regente —confesó a regañadientes—. Si no fuera por ese pomposo inútil, te juro que ya estaría rumbo al continente. Me comprometí a seguir colaborando en la planificación de estrategias militares y a desenmascarar la red de espías franceses que parecen pulular en los salones londinenses.

—Parece divertido.

Shelford bufó.

—No sé si es peor permanecer de brazos cruzados mientras Napoleón asuela Europa, o verme degradado a frecuentar este ambiente en el que sobran los dedos de una mano para contar a los pocos mortales a los que considero mis pares. ¡Qué digo! Ni uno de estos mal llamados caballeros sería capaz de mantener algo más que una conversación superficial.

—Me honras, Shelford —murmuró Redbridge.

Su amigo pareció no percatarse de la irónica respuesta.

Habían llegado a la entrada del salón. Los ojos del duque pasearon brevemente sobre los invitados que aguardaban el turno de ser anunciados; sin molestarse en disimular su hastío, pensó que tampoco allí había nada que pudiera interesarle. Pero por alguna razón su mirada retornó a ese grupo y se detuvo en una joven exquisita,

con un vestido de seda color marfil demasiado revelador, que dejaba a la vista una buena expansión de bellos y agitados senos. Con esfuerzo, alzó los ojos y subió con lentitud por el cuello largo, el mentón delicado, los labios bien formados en un rostro grácil que enmarcaba los ojos verde musgo más asombrosos que hubiera visto jamás, ojos que revelaban una chispa de humor y tal vez algo de miedo, ojos que se encenderían de pasión cuando su dueña se retorciera de placer bajo su cuerpo...

Contuvo el aliento ante la idea, y al darse cuenta de su reacción, dejó escapar el aire lentamente a la par que fruncía el ceño. Hacía mucho tiempo que no actuaba así frente a una mujer, como si le hirviera la sangre y él no fuera más que un jadeante garañón. Imponiéndose el autocontrol que había procurado conquistar a lo largo de su vida adulta, intentó dominar la oleada de incómodo deseo que arrollaba sus entrañas, y le dio la espalda con estudiada indiferencia. No tenía tiempo para féminas, y menos aún para una de cascos ligeros como ésa, sin duda una buscona que terminaría calentando la cama de algún lord.

—¿Decías algo? —le preguntó a Redbridge, pues acababa de percatarse de que su amigo había estado hablando y no le había prestado atención.

—Hoy estás imposible; perdóname si te dejo en tu propia enaltecida compañía, sin duda disfrutarás de ella más que de la mía. Además, me temo que las damas me extrañan.

El conde se alejó, y con un leve encogimiento de hombros el duque retomó el paseo por la habitación, buscando, como era su deber, indicios que le permitieran llegar a descubrir a los espías.

\* \* \* \* \*

De pie en la entrada del salón de lady Bereston, Eleanor tironeó del borde de su vestido en un concienzudo intento por subir el pronunciado escote (intento de lo más

infructuoso, pues la tela no cedió ni un ápice en beneficio del decoro) y preguntó indecisa:

—¿Estás segura de que el escote pronunciado es el último grito de la moda?

—¡Tranquila! —le sonrió su carabina—. Deja esas manos quietas.

—No me agrada que los hombres se queden mirándome con la misma expresión turbia y bobalicona que ponen los perros frente a un hueso.

—¡Oh, vamos! Un poco de atención no viene mal. Relájate y disfrútalo.

—No estoy aquí para divertirme, y lo sabes bien, Priscilla —murmuró la joven.

Esa fiesta era sólo una parte de su plan, eso era lo único que le importaba. El plan, y lo repitió paso a paso como una letanía, consistía en conseguir un marido o, al menos, un amante acaudalado en primer lugar; después, descubrir a los espías y, por último, vengarse. Pero ni los espías ni la venganza eran tan importantes como el dinero.

Mientras aguardaba su turno en la larga fila que se había formado para ingresar en el baile, su estómago se contrajo. Es verdad que el plan olía a cinismo y calculado interés, pero ¿acaso no estaban todas las jóvenes casaderas detrás de lo mismo? Ella tenía razones más nobles que la mayoría de esas huecas debutantes para buscar un hombre adinerado; aun así, pensó con un escalofrío, presentía que tendría que pagar un precio muy elevado para conseguirlo. Para atestiguarlo, ahí estaban expuestos esos generosos centímetros de busto, muestra sobreabundante de que su propio cuerpo sería la mercadería que debería entregar a cambio de la fortuna que necesitaba con tanta desesperación.

Volvió a estremecerse y su carabina, la señorita Priscilla Rivers, se giró hacia ella.

—¿Tienes miedo? —le preguntó, mirándola con conmisericordia—. Es comprensible, querida, después de todo has llevado una vida campestre, aislada del trajín de la

alta sociedad, y de golpe estás aquí, en medio de la flor y nata...

«Con un osado plan entre manos y un trabajo no menos escalofriante», pensó Eleanor, que había conseguido introducirse en esos círculos gracias a que el Ministerio de Asuntos Exteriores la había contratado para desenmascarar a posibles espías de Napoleón.

—Es... demasiado estrambótico para ser real —respondió en un murmullo—, sin duda demasiado espectacular para la bucólica vida que llevaba. Pero ¿miedo? No, jamás voy a tener miedo, ¡mi padre era un valiente capitán y no puedo deshonrarlo! No obstante, sí es posible que esté un poco nerviosa; al fin y al cabo los generales también lo están antes de una batalla, aunque yo debo librar dos o tres batallas a la vez.

—Así me gusta —dijo la carabina, con un tono de voz que dejaba ver las claras dudas que tenía al respecto.

A pesar de que le temblaron los labios, Eleanor se limitó a sonreír, y cuando le llegó el turno de presentarse ante el mayordomo que debía anunciarlas, cuadró los hombros, elevó la nariz con una expresión de estudiada altanería y entregó sin dudar la tarjeta de visita.

—Mademoiselle Véronique Vailliard y la señorita Priscilla Rivers —gritó a voz en cuello el hombre.

Dado que parte de su trabajo como espía consistía en que todos creyeran que Eleanor era francesa, su contacto en el Ministerio de Asuntos Exteriores había decidido que usaría sólo su segundo nombre y el apellido de su madre, que había nacido en la Provenza. Su nombre completo, Eleanor Véronique Darrinholm Vailliard, se veía así acortado en aras del secretismo.

—No olvides hablar con voz nasal y trata de mostrarte desenvuelta, como lo haría una aristócrata del continente —le susurró su acompañante mientras caminaban, de modo que Eleanor asumió una actitud que le parecía desafiante y entró en el salón fingiendo que no le importaba el escrutinio del que era objeto.

«Debe de ser el escote», pensó abochornada al sentir sobre sí las pupilas libidinosas de los hombres y las miradas calculadoras de buena parte de las damas, pero se tragó la zozobra y una buena dosis de la vergüenza. Deseaba salir corriendo, huir de todo ese deslumbrante mundo que no la seducía y volver a casa con su madre y su hermanastro. Sólo que ya no tenía casa, recordó con rencor, así que siguió avanzando. Cuando estuvo en el centro del atestado recinto sonrió, ocultando el recelo y los nervios en algún recoveco de su corazón.

—¿Y ahora qué? —preguntó en un murmullo apenas audible cuando se vio rodeada de distinguidas damas y caballeros.

—Llegó el momento de presentarte —respondió Priscilla.

A medida que su amiga la iba introduciendo en los grupos, Eleanor constató que no se conversaba de otra cosa que no fuera Wellington, Bonaparte, la coalición y las contiendas, y lo hacían con tanto detalle que la muchacha pensó que todos debían de saber más sobre el tema que el mismísimo emperador.

Eso la ayudó a relajarse; ella podía opinar de la guerra sin sentirse menoscabada porque su padre le había hablado de las batallas desde que era una niña. Sin embargo, el alivio no duró mucho.

—Oh, allí está el vizconde Du Brueil —comentó Priscilla cuando la joven pensaba que ya no podría retener otro rostro entre las docenas que se le habían acercado y habían aprovechado para espiar por el escote de su vestido—. Te lo presentaré. Recuerda que, a pesar de ser francés, el vizconde es un leal amigo de Inglaterra; puedes confiar en él para que te presente a otros expatriados, así con suerte podrás llegar a los espías.

Eleanor suspiró, y al seguir la mirada de la carabina, su vista recaló en dos caballeros que conversaban no lejos de allí. Uno de ellos era alto, ancho de hombros y de un rostro bronceado en el que brillaban un par de inquisitivos ojos azules debajo de unas cejas tan oscuras como el espeso

cabello azabache de su cabeza. Un hombre de unos treinta años, con piel de un tono dorado que denotaba que había pasado mucho tiempo fuera del país, de mirada alerta, incluso dura, como si hubiera vivido rodeado de demasiadas amenazas como para descuidarse. «Un hombre peligroso», pensó Eleanor, y un cosquilleo de aprensión le recorrió la espalda.

No había reparado en su acompañante, que era delgado y anciano, hasta el momento en que éste les sonrió y comenzó a caminar hacia ellas junto a su contertulio. Fue inevitable que Eleanor notara entonces el agudo contraste entre ambos: mientras el alto emanaba vitalidad, el otro parecía sufrir una debilidad extrema, como si estuviera a punto de caerse.

—Mi querida señorita Rivers —dijo el más viejo con voz sibilante y marcado acento francés—, ¡qué placer verla esta noche!

—Monsieur Du Brueil y, ¡oh!, su Gracia, permitidme que os presente a una pariente lejana, mi sobrina en tercer grado mademoiselle Véronique Vailliard —anunció la carabina, inventando un parentesco inexistente—. Véronique, quiero que conozcas a su Gracia, el duque de Shelford, y al vizconde Du Brueil —dijo, siguiendo el orden de preeminencia.

Eleanor clavó su mirada en los ojos azules del duque y, como un acto reflejo, se llevó una mano al pecho, como si de ese modo pretendiera evitar que los demás oyeran sus desacompasados latidos. En virtud de alguna orden de su cerebro, en seguida hizo una pequeña reverencia y pidió en silencio que sus interlocutores no notaran el temblor, que no vieran que su piel estaba mortalmente pálida y, sobre todo, rogó que el temor no la delatara, pues por un golpe de suerte no sólo tenía delante al vizconde, ese extraño francés con el que se suponía que debía colaborar, sino también al hombre del que había jurado vengarse, el actual duque de Shelford.

Mientras sentía una conmoción interior, como si el corazón le bombeara en los oídos, los ojos verde musgo de

la joven chocaron con los azules de él.

Nunca antes había creído que una mirada pudiera ser helada y ardiente a la vez, como si su propietario a duras penas contuviera un arranque de violencia que luchaba por explotar. Apartó los ojos del rostro de él, y pasándose la lengua por los labios, trató de recobrar la compostura. «Este hombre podría destruirme», pensó. No imaginaba que el duque fuese así, ni mucho menos encontrarlo tan pronto, antes de que ella supiera con claridad cómo era él y de qué modo podría ejecutar la venganza.

Nerviosa, arriesgó otra mirada al rostro del hombre y en el acto se arrepintió; él seguía observándola con insistencia, como si quisiera leer sus pensamientos, como si quisiera... ¿desnudarla? El pensamiento la tomó aún con mayor sorpresa de la que había sentido al descubrir la identidad de ese sujeto, y por un momento se sintió mareada y débil.

—Mademoiselle, un gusto conocerla. ¿Viene usted de Francia? —indagó el anciano.

Ante la pregunta, Eleanor se obligó a regresar al presente y lo hizo como quien regresa de un largo viaje. Tenía las mejillas enrojecidas y percatarse de eso la turbó todavía más, pero logró ocultar su incomodidad. Ella era hija de George Darrinholm, un héroe de guerra, y ningún maldito duque le haría perder la compostura.

—*Oui*, acabo de llegar con un grupo de expatriados a bordo del *Vrij*, una fragata holandesa —dijo con un perfecto acento galo, volviendo con esfuerzo la atención hacia el vizconde y repitiendo la lección que la gente del Ministerio de Asuntos Exteriores le había hecho aprender—. Me temo que resultó un viaje un tanto azaroso.

—Me imagino, me imagino —afirmó Du Brueil con simpatía.

—Pero me siento afortunada de estar aquí, ¡hay tantos compatriotas! —continuó ella en un tono candoroso y un tanto acelerado—. Es como un pequeño hogar lejos del mío.

—Le dije a Véronique que hay más expatriados en Londres que franceses en su pequeña ciudad —agregó

Priscilla con una sonrisa.

—¿De dónde es usted? —intervino por primera vez el duque.

Desde que había llegado no le había quitado los ojos de encima a Eleanor, y por un momento ella se preguntó, más atemorizada de lo que quería reconocer, si él no habría reconocido el apellido y le preguntaría algo sobre su madre. Presentarse en sociedad con el apellido Vailliard constituía un riesgo que ella no había tenido más remedio que correr. Todos los expatriados de sangre azul reconocerían ese nombre, por lo que la historia inventada para su misión cobraba credibilidad.

—Aix-en-Provence —respondió Eleanor mientras contenía la respiración y esperaba alguna reacción por parte de él, pero Shelford se limitó a asentir como si aquello no le interesara, y la conversación derivó en el intercambio de cortesías sobre las bellezas naturales de ambos países.

—Desde luego, todo aquello era más hermoso sin ese ogro de Napoleón —resumió Du Brueil en un momento dado, y Eleanor percibió que el duque volvía a mirarla con insistencia.

—¿Está de acuerdo con eso, mademoiselle?

—Oh, por supuesto —se apresuró a responder—. Mi familia lo perdió todo a causa de la revolución y, más tarde, del emperador.

—El usurpador, querida —la corrigió Priscilla.

—Los Vailliard siempre fuimos fervientes realistas —aseveró Eleanor, cada vez más acalorada—. Hemos... eh... acogido a fugitivos y... eh... luchado en las barricadas.

—¿Barricadas en la Provenza? —preguntó el duque, arqueando una ceja.

—Oh, sí, su Gracia, durante los años previos a la caída del régimen las hubo en toda Francia.

—No sabía que los nobles tomaran parte de ellas —observó Shelford.

Du Brueil los interrumpió para dar un discurso sobre los avatares de la revolución, y Eleanor se lo agradeció